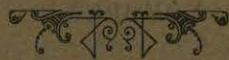


CLASES.	NOMBRES.	DESTINOS.
Sargentos los. de milicia local	{ Magdaleno Robles. Santos Terán..... }	Presos en la cárcel.
Sargentos 2os. de id.	{ Timoteo Hernández Guadalupe Izaguirre..... Julio Hernández... }	id. id.
Cabos de id.	{ Isidro Trejo..... Isabel Salas..... Zenón Gámez..... José M ^a Robledo... Laureano Ramírez. Julio Ortega..... }	id. id.
Guarda del resguardo.	{ Pedro Rentería ... }	id. id.
Soldados de id.	Asciede su N ^o á 71..	id. id.
Paisanos.	{ Bernardino Cedillo. Perfecto Aguilar.. Apolonio Rangel.. }	id. id.

Total... 86

Secretaría de la Comandancia general. Noviembre 19 de 1830.—*José Joaquín de Baubi.*"



CAPITULO 23^o

SUMARIO.

El Gral. Guerrero se retira para el Sur, á consecuencia de las rebeliones de Bustamante y Quintanar.— El Gral. Barragán invita para una reconciliación á los jefes de los partidos políticos.—Va de Guadalupe al Sur, á desempeñar esa comisión el Primer Ayudante D. Manuel Zavala.—El Gobierno de Bustamante cohecha al genovés Picaluga, Capitán del buque Colombo, para que con engaños aprehenda á Guerrero y lo entregue á la autoridad militar de Oaxaca.—La traición es vilmente consumada.—Recibe Picaluga el precio de su infame y repugnante acción.—Muerte del Sr. Guerrero.

El cambio de Gobierno y de sistema político en San Luis dió lugar á los fusilamientos del 17 de Noviembre de 1830 que acabamos de referir, y á la destitución general de altos funcionarios y empleados civiles y militares, todo por haberse aceptado por una Junta revolucionaria el plan de Jalapa que proclamó el Gral. Bustamante.

El mismo plan dió lugar en San Luis á sangrientos hechos de armas y á otros sucesos de los que

nos ocuparemos adelante en el lugar correspondiente.

Por ahora dedicaremos este capítulo á la víctima de ese plan y del Gobierno que con arreglo á él se estableció en México, estando seguros de que nuestros lectores lo leerán con agrado porque los sucesos que contiene son poco detallados en las Historias generales de México.

*
**

La traición del Gral. Bustamante en Jalapa y del Gral. Quintanar en México, fué causa de que el Presidente Guerrero, como hace poco dijimos, abandonara el poder, dejando en territorio de Puebla la mayor parte de las tropas que sacó de México, y retirándose para el Sur con una pequeña escolta, con el fin de levantar fuerzas en aquellos terrenos para él bien conocidos y volver sobre México á combatir á los militares que se le habían sublevado.

Ya en el Poder D. Anastasio Bustamante como Vice-presidente de la República, y con Ministros tan intransijentes y arbitrarios como D. Lucas Alamán y D. José Antonio Facio, trataron esos tres hombres de perseguir de muerte al General Guerrero, con pretexto de que estaba sublevado contra el Gobierno establecido, y con el fin de asegurar la permanencia en el Gobierno del partido conservador y enemigo de la independéncia, al que pertenecían los referidos individuos.

El General potosino D. Miguel Barragán, Comandante general en esos días del Estado de Jalisco,

co, intentó una reconciliación entre los partidos políticos contendientes, y al efecto mandó con el carácter de comisionado cerca de los Generales D. Vicente Guerrero y D. Nicolás Bravo, al primer ayudante D. Manuel Zavala, al Coronel Don Mariano Paredes cerca del Presidente de la República en ejercicio D. Anastasio Bustamante, y al segundo Ayudante D. Paulino Boleaga cerca del Gobernador de Zacatecas D. Francisco García.

El Sr. Zavala recibió orden expresa de no caminar por puntos ocupados por las fuerzas pronunciadas contra el Gobierno de Bustamante ni por las de éste, sino por senderos hasta tomar las playas del Pacífico.

Siendo General de Brigada el mismo Sr. Zavala, escribió una interesante reseña de ese largo y penoso viaje que hizo en 1830.

Después de referir en forma de *Diario de viaje* la marcha que siguió para cumplir su comisión desde el día 19 de Noviembre que salió de Guadalajara hasta el 11 de Enero de 1831, que en compañía del Gral. Guerrero llegó al puerto de Acapulco, continúa la relación con las importantes notas que insertamos en seguida, terminándolas con la relativa al premeditado y vil asesinato del ilustre héroe del Sur.

"Día 11. (Enero de 1831).—Acapulco.

"En este día llegamos á Acapulco, después de comer; el General se alojó en la casa de un conocido suyo, y Tapia, yo y su mozo, nos alojamos en otra que eligió el primero. Desde el siguiente día co-

menzaron á ocuparse del despacho, el Sr. General Pita, y creo que el mismo Tapia, habiéndose quedado en Texca reuniendo los dispersos de Chilpancingo, el Coronel Alvarez, Ramos, Mangoy y otros, menos Juan Bruno que se dirigió á San Marcos para levantar nuevas fuerzas en *Costa Chica*. En uno de estos días me dijo el Sr. Guerrero, que se había puesto de acuerdo con su amigo D. Francisco Picaluga ("quien era muy buen patriota") para que zarpara del puerto de Colombo con objeto de enagenar el cargamento que tenía á bordo, perteneciente á unos españoles, cuyo importe, realizado que fuera en *Petlacalco* ó *Zihuatanejo*, lo tomaría para continuar la campaña: que al efecto le daría el Administrador de la Aduana Marítima Don Miguel de la Cruz, uno ó dos dependientes de ella para la realización de los efectos, yendo todo á cargo de D. Manuel Primo Tapia, y que yo, desembarcando en aquella Ensenada, y provisto del auxilio necesario, regresaría á Jalisco con la correspondencia. Acepté sin hacer más objeción, que la que, se me diera libre, y en calidad de asistente, un Cazador del 5º Batallón [que yo había mandado] que se hallaba allí prisionero, por haber mandado el mío desde Tixtla á Chilpancingo, á presentarse al Gral. Bravo, con la ropa y el dinero poco que me quedaba, á lo que accedió en el momento. Se continuó el despacho; yo fui á arreglar mi pasaje con Picaluga por mí, y por mi asistente, pero aquél, con su inimitable hipocresía, después de demostraciones de urbanidad, me dijo que se guardaría de exigir ni aceptar pago por el pasaje en tres ó cuatro días de navega-

ción, y que por tanto, no tenía más que dispónerme, porque creía que dentro de tres ó cuatro días daría la Vela. Así quedamos, hasta que el Sr. Guerrero hubo de terminar su correspondencia y me la entregó, compuesta de pliegos para los Señores Barragan, Facio, Bustamante y Alaman, con algunas cartas dentro para los mismos Señores, y mi pasaporte. En esta correspondencia puso tambien Tapia su pliego de instrucciones y unas tres ó cuatro firmas en blanco del Sr. Guerrero, para hacer uso de ellas en los casos que le prevenía. Todo quedó hecho un bulto, esperando la hora de salir del puerto.

En los dos días siguientes, no salimos por falta de viento, pero el tercero, como á las diez de la mañana, estando Tapia y yo solos divirtiéndonos en un Villar, llegó un Marinero á llamarme para aprovechar un viento terral: dejamos los tacos y nos fuimos al alojamiento para sacar nuestras cosas, pero ya mi asistente y el mozo las habían llevado á la playa; fuimos en seguida á la casa del General y se nos dijo que se nos esperaba en el *Muelle*: nos dirigimos á él, y en efecto, allí lo encontramos: iba á darle un abrazo cuando me dijo estas precisas palabras: "*Aun no nos despediremos, porque mi amigo D. Francisco (Picaluga) me ha convidado á tomar la sopa á bordo; y yo, por tener el gusto de acompañar á los dos Manueles, he aceptado.*" Una lancha ó Bote del Colombó y un Cayuco de la Aduana Marítima con sus vogadores, estaban atracados á tierra; en este último se embarcaron los mozos con nuestro corto equipo, monturas, armas, etc., y en la Lancha el Señor General, D. Miguel de la Cruz, su

dependiente (D. Miguel Alic), Tapia, Picaluga y yo. Luego que estuvimos ya sentados, tendieron los remos seis marineros, y á la voz de: *¡Al avantel!* comenzaron á vogar fuertemente, hasta atracar bajo el portalon de la banda de estribor del *Colombo*: se echaron las escalas y subimos sobre cubierta.

El buque estaba aseado y empavezado, como si fuera de guerra con la bandera Sarda flameando á popa y el gallardete en el mastilero del trinquete. Nuestra llegada á bordo se anunció por cañonazos que se mandaron tirar por Picaluga, por ambas bandas, (despues supimos que fué la señal de haberse verificado la aprehension del Sr. Guerrero, para que saliese el extraordinario á Chilpancingo dando el aviso), todos nos sentamos en los caramancheles, sin bajar á la cámara, por disfrutar del fresco de la bahía.

A las doce se tocó la campana; se dió racion de aguardiente á la tripulacion y tomaron su rancho, incluso el contra maestre y el piloto, bajándose todos á la bodega. Como á la una, se sirvió la comida, á la que asistieron el General, Tapia, D. Miguel de la Cruz, su dependiente, Faccini [2º del buque], y yo; á los mozos y bogadores, se les sirvió sobre cubierta. La comida fué muy tranquila, sin que nadie absolutamente se hubiera excedido en la bebida, á pesar del empeño que se tenía en que se tomara mucho. Serían las tres de la tarde, cuando Picaluga me propuso [en francés] que subiéramos todos á la cubierta á tomar el fresco despues del café, con vino en ello el General y así se hizo.

Ningun síntoma se observó que pudiera alar-

marnos, pues se descansaba en la buena fe y amistad entre el Sr. General y Picaluga. La conversacion entre todos, fué de cosas indiferentes. Como á las cuatro, se comenzó á mandar la maniobra por el Capitan, situado á la banda de babor, cerca del timonel. Se levó primero una ancla que estaba á popa, y despues un anclote que estaba en la de estribor. Visto esto por el General, trató de despedirse, pero Picaluga le manifestó que aun debía llevarse la otra ancla de proa: que se darían unas bordejeadas hasta enfilear la Bocana; condescendió y siguió platicando. El Cayuco de la Aduana, iba remolcando, lo mismo que una de las lanchas del *Colombo*, y cuando ya resueltamente se despedía el General y el Administrador, bajando al mismo tiempo los vogadores de la Aduana, apareció sobre cubierta un número crecido de hombres que habían estado ocultos en la bodega y en la escotilla de proa, armados de espadas y acaudillados por un Subteniente de cívicos de Acapulco llamado Rico. A un tiempo se oyó la voz de todos, gritando: *¡"A tierra todo el Mundo!"* acometiendo á todos nosotros. Este movimiento tumultuario, al momento casi de entrar á la Bocana y á media luz introdujo necesariamente el desorden, y cada uno procuró ponerse al abrigo. Tapia, mi asistente, el mozo y los vogadores se arrojaron á la mar; pero el primero por una casualidad cayó en la Lancha, apoyando el pie izquierdo sobre uno de los Toletes de ella, guardando así por un rato el equilibrio, á pesar de los golpes de mar: yo me pegué al portalon de estribor armándome con un Guarda-mancebo, y el General

preguntaba á Picaluga sobre tan extraños acontecimientos.

Este, con la sangre fría propia de su carácter infame, le dijo: "*¿Qué quiere V. Señor General? como hacia tanto tiempo que estaba fondeando el buque, hoy que sale á la mar, se ha emborrachado la tripulacion.*" El General le objetó, que cinco ó seis hombres se estaban ahogando, y entonces mandó el capitán al piloto, que embarcase dos marineros en la Lancha para que los sacasen. Así se hizo, se recogieron y subieron á la cubierta, pero apenas sucedió esto, cuando volvieron los amotinados á dar el mismo grito con iguales amenazas; entonces Picaluga dijo al General, que para que no se mortificara, se bajase á la Cámara con las personas que lo acompañaban, ofreciendo que él contendría el desorden. Obedeció el General, esperando ser seguido por nosotros; pero se engañó, pues luego que entró á la Cámara se echaron sobre él, Rico y otros; lo metieron en un Camarote y lo hicieron acostar, quedando dos de ellos vigilándolo como centinelas, armados de espadas.

Entre tanto, sobre cubierta, pasaba otra escena. Aquella gente armada, se echó sobre los demás, y haciéndolos bajar á la bodega los amarraron de los brazos, pegándolos á los pilares, donde pasaron la noche, Tapia, D. Miguel de la Cruz, su dependiente, mi asistente, el mozo y los vogadores del Cayuco, al cual creo que le cortarían la cuerda que lo remolcaba. En cuanto á mí, permanecí en el Portalon con el Guarda-mancebo de hierro en la mano, y cuando uno me indicaba por delante, que quedaba

preso, otros me asieron por detrás de los brazos y me ataron con una cuerda de estopa trenzada, dejándome sentado en el mismo lugar junto á una de las piezas de Artillería. Esto pasaba en la mar, como á una milla de tierra, fuera de la Bocana.

En estos mismos momentos subieron de la bodega, uno ó dos pares de grillos que le pusieron al General; á mí como á las ocho ó nueve de la noche, me hicieron bajar por la escotilla de proa, y atado como estaba de los brazos, me sentaron al pie de la escala, poniéndonos varios centinelas de vista. Así pasamos la noche, incomunicados el General y yo, de todos los demás, ocupando aquel Señor la popa y yo la proa del Bergantin, es decir, los dos extremos del Buque.

Serían las cuatro de la mañana, cuando advertí que un hombre me hablaba desde cubierta por la misma escotilla, llamándome por mi nombre, para que subiera: temí una intriga, y le contesté que no podía por estar atado de los brazos, y además tener allí mismo junto á mí, un centinela de vista y no sabía qué órdenes tendría. Entonces dirigiéndose á él le dijo: "*laissez-lemonter.*" El centinela me dijo que podía subir, y dándome una mano Faccini (pues él era quien me llamaba) subí, en efecto: éste me aflojó los brazos, dejándome libre el movimiento de ambos; me llevó á uno de los Caramancheles, me hizo sentar, él hizo lo mismo y mandó que me dieran té. Me habló del acontecimiento haciéndome entender que él no había tenido participio en él, pues que como subordinado no había hecho más que obedecer.

A las cinco de la mañana, hora en que estaba re-

levándose el cuarto del Timonel, fué asomando la cabeza de Picaluga, que subía por la escala de la cámara, y dirigiéndose á nosotros con un saludo, comenzó á hablarme de lo ocurrido la noche anterior, queriéndome persuadir de que esa medida, por violenta que pareciera, era necesaria y cedía en beneficio del mismo General, á quien hacía un positivo servicio, en retribución de mil favores que le debía, como á un buen amigo: que su objeto era separarlo de la revolucion temporalmente, haciendo rumbo á las *Islas de Sandwich* donde permaneceríamos muy pocos días regresando despues, y por último, que respecto de mí, lo sentía, pero que una medida general tomada y en paraje donde era impracticable mi regreso, no había podido exceptuarme. Todo esto, aparentando la mayor franqueza é ingenuidad. Yo, que había visto que á más de los víveres ordinarios ó comunes que había embarcado, sólo llevaba en pie una vaca, una ternera y unas cuatro ó seis cabezas de ganado cabrío, que iban afrontiladas á proa, contra la obra muerta y en el Cabrestante, me eché á reir, y notándolo, me preguntó la causa, á lo que le contesté: "Capitan: seguramente que V., como no me conoce, creerá acaso que no conozco la geografía, y que es la primera vez que viajo. Los víveres frescos que V. ha embarcado, no bastan para una semana de navegacion, pues á mi juicio, tiene V. á bordo en este momento, cuatro empleados desde V. hasta el contramaestre y el piloto: lo menos, diez marineros, once pasajeros y acaso quince acapulqueños con Rico, que son casi cuarenta ó más personas; no habiendo puerto en que refrescar los

viveres, pues el roll de V. es únicamente para Petlacalco ó Zihuatanejo." Esta observacion le pudo mucho y continuó diciéndome: "Pues bien, Señor D. Manuel. ¿tendría V. embarazo en abordar en algun puerto de la República?" y contestándole yo que en cualquiera podía desembarcar (suponiendo que haría rumbo á la palizada donde estaba el Teniente Coronel D. Florencio Villarreal, ó á Tehuantepec donde había yo mandado). Cortó la conversacion, agregando: que él de todas maneras salvaría la persona de su buen amigo el General Guerrero.

Como á las seis de la mañana, mandó bajar á la bodega á Faccini y creo que al Contramaestre, y desataron á mis desgraciados compañeros, que tenían ya los brazos morados por las ligaduras. Tapia, le dió las gracias, pero á poco rato, subieron encima de cubierta, un cajón de herraje: fueron poniendo anillas, pernos y chavetas por separado, y comenzaron á poner grillos á todos, principiando por Tapia: quedaba una anilla y un perno que debía ser para mí, y haciéndolo presente á Picaluga, mandó que se buscara con empeño la otra anilla, la que no se encontró, segun le dijo en inglés (no recuerdo si Faccini ó el Piloto) y entonces mandó bajar á los presos á la bodega. Despues, dirigiéndose á mí, me manifestó, que una de las pruebas que me daba de que me distinguía, era que no me habían puesto grillos, como á los demás, y que me iba á dar cartas de recomendacion para el personal del Gobierno, sobre mi honroso comportamiento. Mi despecho fué sin límites; y contestándole [en inglés] le reproché su

falta, desconociendo su pretendida excepcion de prisiones, pues si no se me habían puesto, era porque no las hubo, y que jamás admitiría de él ninguna recomendacion, por ser de un origen como era el suyo y por no necesitarlas. Yo seguí con mi cuerda en los brazos aunque no sin movimiento en ellos, y me instalé sobre cubierta, junto á una pieza de á bordo, exigiendo que me subieran mi equipaje que consistía en un Síbolo, alguna ropa de uso, unas alforjas, y un saco en que estaba la correspondencia que llevaba, la cual no le ocurrió recoger.

Así continuó la navegacion, sin cosa notable, si no fué que al tercer día se avistó como á diez millas de nosotros, un barco procedente como de Tehuantepec ó Guayaquil. De pronto no se pudo conocer, pero haciendo rumbo hacia él, se vió que era un Bergantin Goleta llamado *Flor de la Mar*, de la propiedad de un comerciante de Acapulco, cuyo buque se hallaba fuera de la Bahía, hacía muchos meses, de temor de ser detenido en ella, como lo fué el *Sardo Colombo*. Dicho barco, tampoco conoció á éste, y como vió que parecía cazarlo, tomó la vuelta de afuera forzando sus velas, lo que advertido por Picaluga, mandó izar su bandera. Esto obligó al otro á izar la mexicana, y tomando rizos, aguantó hasta encontrarse ambos buques. *La Flor de la Mar*, hallándose al alcance de la vocina, preguntó al Colombo por su procedencia, novedad y dirección de éste: "*Acapulco: va el pájaro en la jaula, y á Huatulco.*" Entonces *La Flor* viró de bordo, presentó su proa al *Este*, hizo fuego por una y otra banda, con seis ú ocho cañonazos; oyéndose algunos hu-



GENERAL DON VICENTE GUERRERO.

mas ó vivas; deseó buen arribo y siguió su rumbo. Esto me sacó ya de dudas, pues ví que no íbamos á la Palizada ni á Tehuantepec; sino al puerto más inmediato de los del Estado de Oaxaca.

Enero 23.—Puerto de Santa Cruz de Huatulco.

Llegamos por fin como á las cuatro de la tarde del día 23 de Enero de 1831 á la altura de *Huatulco*: el Capitan viró de bordo para tomar la vuelta de afuera, y como á distancia de cinco millas de la Costa, dirigió la proa recto al puerto, aferrando algunas velas, y dejando solamente la mayor y la Cangreja, los focos y un velacho, con lo que una hora despues dimos fondo como á quinientas varas distante de un Bergantin Colombiano nombrado *El Francisco*, que tambien se hallaba fondeado con cargamento de Cacao, procedente de Guayaquil. Luego que anclamos, observé que había tropa en tierra, y á poco rato ví que desatracaban uno de los Botes de la Aduana, y que en él se embarcaron tres ó cuatro individuos que parecían ser militares, con el patron del Bote y cuatro vogadores. No me engañé: eran el Capitan D. Miguel González, el Teniente Guerrero, el Alférez Maciel y otro oficial, todos del 4º de Caballería que con anticipacion había mandado desde México el Gobierno, con objeto de recibir en dicho puerto al Señor Guerrero, en caso de lograr su aprehensión por Picaluga como lo había ofrecido. Llegado el Bote al *Colombo* se echó la escala y subieron á bordo los cuatro mencionados. Habló en

lo privado González con Picaluga; se impuso de los pormenores del acontecimiento, y desde luego comenzó á tomar medidas, segun las instrucciones que tenía. Se me presentó saludándome con urbanidad, lo mismo que sus oficiales. Como probablemente Picaluga le diría que no había recogido de mí la correspondencia, manifestó interés por saber si tenía alguna; contestándole yo que sí, diciéndole el número de pliegos que eran; agregó: ¿que si el Capitan me la había pedido? y contestándole yo que su torpeza le había hecho olvidar lo más interesante de su presa, no pudieron menos que reirse, advirtiendo el sarcasmo, así como Picaluga, que se amostazó notablemente. Abrí las alforjas donde tenía los pliegos, y exigí de González que los tomase con sus manos, proponiéndome que practicase un cateo en lo que quedaba: tuvo la decencia de negarse á ello. En seguida dispuso que nos trasladaran al *Francisco* (con cuyo Comandante probablemente había acordado lo conveniente) á Primo, Tapia y á mí. En efecto, así se hizo, llevándonos en la Lancha del Colombo, los mismos oficiales, y presentándonos al segundo del Buque, que era un americano llamado Williams, le dijo: que nosotros quedábamos presos bajo nuestra palabra de honor, que nos asistiera de la manera más decente posible y que si queríamos irnos á tierra, á pasear, nos facilitara su Bote y cuanto más pidiéramos. En el Colombo quedaron el Señor Guerrero, D. Miguel de la Cruz, su dependiente, mi asistente, el mozo de Tapia y los vogadores del Cayuco de la Aduana de Acapulco.

Al siguiente dia como á las cuatro de la tarde, se nos presentó el Teniente Guerrero con otro oficial, haciéndonos saber que con el carácter de fiscal, estaba instruyendo una sumaria sobre la sorpresa y prision verificada en Acapulco, debiendo, en consecuencia, tomarnos nuestras respectivas declaraciones. Las rendimos, y sin otra cosa notable, se retiraron el fiscal y su secretario.

Las actuaciones continuaron durante cuatro dias, y el quinto, como á las tres de la tarde, un movimiento de la tropa nos indicó que podíamos bajar á tierra, aunque tambien se creyó que vendrían á acampar á la playa, temiendo que repitiera el horroroso terremoto que la noche anterior se hizo sentir: fué, en efecto lo primero, segun se nos indicó por una orden del Comandante de aquellas fuerzas. A las cinco se presentó González en un Bote: habló con el Capitan del *Francisco* (quien ya había regresado de Oaxaca) nombrado D. Manuel García, español, embarcamos lo que teníamos y desatraccamos con direccion á la playa, desprendiéndose al mismo tiempo una Lancha del Colombo, en la que iban el General y D. Miguel de la Cruz con los oficiales, quedándose embarcados todos los demás presos, que regresaron á Acapulco; y estando ya preparados allí unos malos bagajes, hice que al Sr. Guerrero se le diera mi montura, por más decente, y los tres montamos en las que tenían las bestias. Así emprendimos la marcha por un camino algo plano, por dentro de un monte bien poblado. Tapia, D. Miguel y yo, tomamos la vanguardia, sin escolta, á cargo del Alférez Maciel, quien nos dijo,

que íbamos en entera libertad, contando con nuestra palabra de honor.

El General iba á retaguardia, escoltado por cosa de cincuenta Dragones del 4.^o Regimiento y acompañado de González, el fiscal y el secretario: el otro oficial iba á la cabeza de la tropa, pero se conservó la incomunicación nuestra con el Sr. General, á pesar de estarnos mirando á corta distancia, hasta llegar á *Oaxaca*. Dormimos en el pueblo de Huatulco, como á distancia de cuatro leguas del puerto (cuyo verdadero nombre es el de *Santa Cruz*), lugar muy corto habitado por indígenas, donde reside el Administrador ó encargado del resguardo de la Costa de la Bahía.

Día 29.—Huatulco.

Debo hacer mencion de un hecho ocurrido en el *Francisco* en los momentos de embarcarnos para bajar á tierra. Picaluga que me había ofrecido recomendaciones para el personal del Gobierno, me presentó tres ó cuatro pliegos abiertos, diciéndome para quiénes eran y su contenido. La sangre se me subió al cerebro, y no pudiendo contener la ira que me causó la propuesta de aquel infame, prorrumpí en denuestos agenos de mi educacion, manifestándole que jamás ensuciaría mi bien sentada reputacion, aceptando recomendaciones de un hombre que, para mí, no era más que un bandido y el más ingrato, confesado por su misma boca. Confieso que me excedí, insultándolo de una manera inusitada, hasta pedirle que nos acompañase á tierra, para darle una

leccion de honor y de recuerdo; pero González trató de cortar la cuestion dándome la mano para bajar al bote. Picaluga no se inmutó ni dijo una palabra, con una sangre fría propia de los hombres como él, avezados á toda clase de maldades.

Día 30.—Piñas.

Al siguiente dia continuamos la marcha hasta un punto llamado *Piñas*. Es un pueblo de poca poblacion casi toda de indígenas, situada en una sierra muy elevada, cuyo terreno es sumamente feraz y está muy regado por varias cañadas y rios que, reunidos van á desembocar á la mar: su clima es cálido, pero corre de dia un ambiente agradable, y en la noche una brisa que refresca. El General se alojó en una casa de regular aspecto, y nosotros en otra contigua. La asistencia tanto en la marcha como en el alojamiento fué lo mejor posible. Siempre González y Guerrero, tomaban los alimentos con el General, y puede decirse, en obsequio de la justicia, que le daban buen trato; pero este Señor, fuera por su natural moderacion ó porque se hubiera dejado dominar por la desgracia, trataba con mucha humildad á sus conductores, y cuando quería agua, lumbre ú otra cosa, por insignificante que fuera, lo pedía en tono suplicatorio: esto me lo comunicó el mismo González añadiendo: que no podía lograr que mandase con imperio, pues para él no había perdido el carácter de respetabilidad que tenía adquirido. Como no estaba comunicado con dicho Señor, no pude hacerle una indicación como desea-

ba, pero lo tuve presente por si se proporcionaba ocasion para aprovecharla.

Día 31.—Santa María.

La siguiente jornada fué al pueblo de *Santa María*, situado en la cúspide de una montaña en una sierra tan hermosa como inaccesible: era con sumo trabajo, y montados precisamente en bestias mulares como pudo subirse: los caminos cuando son algo anchos, están llenos de piedras gruesas y de zarteñas que los hacen fragosos é intrasitables; los senderos son estrechos y llenos de precipicios. A las diez ú once de la mañana hicimos alto en una colina, delante de la cual había un pequeño prado, que dejaba ver á lo lejos, como á tres leguas, una hermosa cascada que formaba un rio que se precipitaba de una altura elevadísima, á cuyo pie se notaban unas casas blancas; esto fué visto con asombro de todos, mientras almorzábamos. Aunque separados por el intervalo de un encino á otro, nos mirábamos perfectamente; y llamando González la atencion del General con respecto á aquel magnífico espectáculo de la naturaleza, le respondió, instruyéndolo del nombre que tenía el rio, el de la finca que se veía y el del propietario de ella, agregando la distancia que mediaba desde aquel punto, y las sinuosidades del rio hasta desembocar en la mar. González, que por una segurísima precaucion había elegido aquel camino desconocido de todo viajero y sólo transitado por los habitantes de aquella sierra, temió y se dobló la vigilancia, pero á nadie dijo nada sino á mí

sólo, admirando los conocimientos del Señor General, que parecían no estar conformes con su humilde educacion. Por fin, despues de un pésimo camino, llegamos al pueblo de Santa María, residencia del Cura y cabecera de una dilatada feligresía. Como á las seis de la tarde, el Señor Guerrero se alojó con sus tres *Argos* en el curato y nosotros tres, con Maciel, en otra casa un poco separada de aquella: nos dieron chocolate en la noche y una regular cena. El pueblo, segun pude informarme, es de consideracion; su industria es: tejidos de lana, algodón, obras de madera, peletería y carne de caza, que es muy abundante; tiene alguna pesca, y su agricultura es de maíz, frijol y arroz en los parajes bajos, como vegas y recodos que forma la Sierra. Su clima es fresco en las alturas, y cálido en los planos.

Febrero 1º.—Huejutla.

Al siguiente dia, salimos de Santa María á las seis de la mañana en la forma acostumbrada; el camino de la Sierra, siendo todo descenso, ha sido malo, pero despues fué mejorando en las colinas, aunque tuvimos que pasar algunas cuestas bien molestas, hasta llegar á *Huejutla*, poblacion regular, y con alguna gente decente de la clase media. Allí encontramos una fuerza como de doscientos hombres del Batallon Activo de Tehuantepec y Zapadores; que unidos á los Dragones del 4º Regimiento, formaron la escolta que desde allí debíamos llevar para seguridad de nuestras personas. Nos alojamos en la casa del Prefecto, y el General con su es-

colta en la inmediata. Serían las cinco de la tarde cuando se nos envió chocolate, y en la noche una cena frugal, pero suficiente.

Salimos de Huejutla temprano. Como á las doce del día nos detuvimos en la orilla de un río bastante caudaloso; sin embargo, tenía vado, aunque muy expuesto, porque estaba lleno de peñascos redondos y llenos de lama. Mientrás se reunía la tropa que venía dispersa, almorzamos, y concluido el almuerzo, dispuso el Comandante González, que comenzáse á pasar la tropa, comenzando á practicarle la infantería, por la maroma formada por bejucos y ramas sólidas de Sabino, pero aunque bien construida no podía soportar el peso de doscientos hombres á la vez en una extensión como de cuarenta varas que tenía el río en su parte más estrecha; por consiguiente, se hizo por pelotones como de veinte hombres en cada pasada. Entretanto pasaban por el vado, con bastante trabajo, las cargas y Dragones del 4º Regimiento, pero casi en medio del río, por poca precaución de un clarín, metió el caballo en un hoyo del que no pudo salir; el clarín cayó en el río, y el caballo que no pudo afirmar los pies en aquel piso resbaladizo, fué arrastrado por la corriente, que era bastante impetuosa, lo mismo que el clarín. Esto llamó la atención de González y de todos absolutamente, corriendo á la orilla del río para ver si podían sacar del peligro á aquel desgraciado. Estos momentos eran solemnes para todos, y por lo mismo, los *Argos* no se cuidaron de su preso tan vigilado; como diez minutos quedó abandonado sentado en una hermosa roca presenciando

aquel lance crítico: yo me encontraba con mis compañeros en otra, como á seis varas de él, y aprovechando la ocasión, nos dijo á Tapia y á mí que le perdonáramos porque íbamos á ser fusilados con él, y que era responsable á nuestras familias de nuestras vidas por haber sido moroso en despacharnos. Yo le contesté que no pensara en eso, que no creía que se cometiera tal atentado, que le suplicaba que se condujera con más dignidad cuando se tratara de hacerse servir, pues hasta el mismo González lo había notado y se mortificaba, á lo que contestó: que ninguna queja tenía del trato que se le daba, y se cortó la conversación por el regreso de todos los espectadores después de haberse salvado el clarín, menos su caballo y montura que se lo llevó la corriente. Un sargento se quedó dormido cerca del General, y temiendo este Señor que se fingiera dormido, la conversación toda fué en mexicano para que sólo los tres pudiéramos entendernos. Terminado este acontecimiento pasamos nosotros por la maroma pie á tierra, llevando nuestros caballos los Dragones, montamos al otro lado del río y continuamos hasta el pueblo de *Ocotlán*, situado en un lugar plano, como á las cinco de la tarde. Todos nos alojamos en el curato, que parece haber sido convento de Franciscanos, donde nos dieron chocolate.

Día 2.—Ocotlán.

El Comandante González, impuesto del conocimiento topográfico que el General tenía en el terreno que pisaba, é instruido allí mismo por alguna

autoridad local del prestigio que disfrutaba especialmente entre los indígenas, hallándose en una población de ocho mil almas, casi toda de esa raza, temió. Estableció varias guardias, con centinelas avanzados; nombró contrarrondas y rondines y multiplicó la vigilancia hasta el extremo de pedirnos todo el dinero que pudiéramos tener en oro y plata, lo mismo que alhajas, relojes, etc., suplicándonos le dispensásemos y que todo quedaba á nuestra disposición. Así se verificó sin la menor resistencia por nuestra parte. En la noche se nos sirvió la cena y dormimos sin más novedad.

Serían las 7 de la mañana cuando se nos avisó que continuábamos la marcha; y á las ocho salimos de la población atravesando una plaza, cuatro veces más grande que la de México, considerándola con todo y el Parián. Allí estarían seguramente más de tres mil personas de ambos sexos, oyéndose muchas exclamaciones de compasión, respecto de nosotros, especialmente en boca de las mujeres, las bocacalles estaban obstruidas, hasta fuera de la población, que es muy extensa; y una vez salido de ella, continuamos hasta una pequeña Hacienda donde sesteamos un momento, para tomar algún refrigerio y continuamos dejando el camino carretero á la derecha, rumbo á la Hacienda del Carmen donde llegamos poco antes de la oración.

Día 3.—Hacienda del Carmen.

Se nos alojó, cenamos temprano, y se nos exigió que nos acostáramos á dormir; pero como á la una

de la mañana nos despertaron. Encontramos los caballos ensillados; montamos, y en el acto emprendimos la marcha en las tinieblas de la noche. Por último, como á las cuatro de la mañana fuimos entrando á *Oaxaca* con el mayor silencio, sin ser sentidos de la población, dirigiéndonos al Convento de Santo Domingo, donde estaban preparadas las celdas necesarias para recibirnos, quedando separados, el General en una con su correspondiente guardia de oficial, Tapia y yo juntos y D. Miguel de la Cruz en otra, continuando la incomunicación como antes.

Día 4.—Oaxaca.

Cuando llegamos á la Hacienda del Carmen, ya nos estaba esperando, con una escolta que llevó, el Teniente Coronel D. Francisco García Conde, quien había quedado con el mando de la plaza, por haber salido el Comandante General D. Joaquín Ramírez y Sesma sobre Cuajinicuilapan, los Cortijos, etc. Habló conmigo muy largo: se impuso de todo, y me dijo que ningún riesgo corría el General y mucho menos yo y mis compañeros.

En la mañana siguiente nada hubo de particular. A Tapia, D. Miguel y á mí se nos amplió la prisión dentro de todo el convento, que es espaciosísimo, pero el General continuó preso é incomunicado. El Sr. Ramírez y Sesma, á quien oportunamente se mandó avisar por extraordinario, llegó en la noche; me fué á ver á mi celda, y me dijo que por su parte quedaba en absoluta libertad, á reserva de lo que hubiera producido la sumaria formada en Huatulco.

Se impuso por mí, de todos los pormenores de la prision, navegacion, etc., retirándose y ofreciéndome sus servicios.

Al dia siguiente se nombró para la continuacion del proceso, al Teniente Coronel D. Nicolás Conde- lle, como fiscal, y secretario al Teniente de Zapadores, D. Agustín Ricoy. Siguió sus trámites, hasta su total substanciacion, y cuando el Asesor, Lic. D. Joaquín de Villasante consultó tener estado, fué visto dicho proceso en consejo de guerra ordinario, y sentenciado el Sr. General D. Vicente Guerrero á ser pasado por las armas *como sedicioso y conspirador contra el Supremo Gobierno establecido*.

Pasada la causa en consulta de Asesor, opinó que debía aprobarse la sentencia, con cuyo pedimento se conformó la Comandancia General, mandando se ejecutase, previas las formalidades de estilo.

El dia 11 de Febrero, á las seis de la tarde fué puesto en Capilla el desgraciado General, víctima de una ciega confianza que tenía en su pretendido amigo el Genovés *Francisco Picaluga* (de execrable memoria para todo el que se nombre mexicano); fué asistido por varios religiosos de aquel convento, pero el dia 12 despues de media noche, fué extraído de la Capilla, y conducido violentamente al pueblo de Cuilapan, distante cuatro leguas de Oaxaca, donde fué ejecutado en la mañana del dia 14, quedando sepultados sus restos mortales en aquel lugar insignificante, hasta entonces, casi ignorado de todo el que no era nacido, ó vecino de él.

En una de las celdas inmediatas á la en que yo permanecía preso con mis compañeros Tapia y D.

Miguel de la Cruz, exhibió el Coronel D. Gabriel Durán tres mil onzas de oro, y dos mil pesos fuertes, que llevó de México para que fueran entregados al Genovés Picaluga, como premio convenido con él, por su escandalosa y repugnante accion.

El dia 15, me hizo saber el Coronel Sesma, que yo quedaba en absoluta libertad, por no resultarme responsabilidad ninguna, quedando absuelto del cargo. Que me pasara en Oaxaca; que visitara á mis antiguos amigos y familias; que pronto marcharía para México González con su fuerza y podía aprovechar esa ocasion para ir seguro. En efecto, el dia 20 marchó la fuerza y yo con ella en compañía de Primo Tapia y el Administrador de la Aduana Marítima de Acapulco, D. Miguel de la Cruz. Estos dos señores en clase de arrestados.

Llegado á México, me presenté al Sr. Facio, como Ministro de la Guerra, y al Sr. Bustamante, como Vicepresidente, disponiendo el Gobierno que me hiciera cargo del Juzgado Militar, pasando despues á servir la primera Seccion de la Comandancia General de México. Primo Tapia y D. Miguel de la Cruz, fueron absueltos y puestos en libertad.

El General Barragán, que se hizo sospechoso al Gobierno, por el paso que dió para la consecucion de la paz y la fusion de los partidos que se despedaban, fué relevado por el General D. Joaquín Parrés, yéndose despues á Francia con permiso del Gobierno.

El Coronel D. Mariano Paredes y el 2º Ayudante D. Paulino Boleaga, que llevaron iguales comisiones á la mía; el primero cerca del Sr. Bustamante,

y el segundo cerca del Sr. D. Francisco García, Gobernador de Zacatecas, no sufrieron nada en sus personas."

Sorpresa de Mr. Chaill, amigo del General Guerrero, que pasando por Tixtla, le llegó la noticia de haber sido éste ejecutado en Oaxaca, después de aprehendido en Acapulco, por el Genovés Francisco Picaluga.

SONETO.

Viajando por el Sur un extranjero
Que allende de los mares ha venido,
Encontró todo el pueblo conmovido
Lamentando la muerte de un *Guerreiro*.

Investiga la causa el pasajero,
Y sabe, que aquel héroe, presa ha sido
De un Genovés traidor, soez y atrevido,
Prostituyéndose por el *vil dinero*.

Al observar el cuadro lastimero
Que aquella horrible escena presentaba,
Entre agitado, absorto y pesaroso,

El extranjero, á todos preguntaba:
¿Quién gobierna hoy al pueblo mexicano,
La ley augusta, ó el audaz tirano?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

Al LectorPágina V.- Exordio.....Página XII.

CAPITULO 1º

SUMARIO.

	Página.
Primeras tribus.—Descubrimiento del territorio donde es hoy San Luis Potosí, por los españoles.—Fundador del pueblo de San Luis.—No hay fecha precisa de la fundación.....	1

CAPITULO 2º

SUMARIO.

El Gobierno virreinal aumenta y reforma el ejército de la Nueva España.—Personas que ejercían mando en la Provincia de San Luis Potosí.—Recursos con que contribuía la Provincia para la guerra entre España y Francia.—Grito de Libertad en el pueblo de Dolores.—Propósitos del autor.—Rasgos biográficos de D. Félix M. Calleja.....	19
---	----